

Ediciones BISTAGNE

publica, quincenalmente, la más selecta colección de novelas, titulada

Biblioteca "Nuestro Corazón"

cuyos primeros números publicados

**La que se hizo amar**

de Marcelo Priollet,

**NADA SE BORRA**

de Max Dervieux,

**LA ESPOSA Y LA AMIGA**

de José Baeza Valero y

**EL HOMBRE QUE NO SERVÍA PARA NADA**

de Jorge Clary,

obtuvieron un éxito enorme.

El quinto volumen, que apareció el día 31 de diciembre, se titula

**LA FALTA DEL HOMBRE**

novela original de René Trotet de Bargis

Biblioteca "Nuestro Corazón"

está lujosamente presentada, consta de 96 páginas de buen texto y su precio es el de UNA PESETA

J. HORTA, IMPRESOR

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

N.º 325

25 CTS.



MADAME  
BUTTERFLY

FOR  
LIT. DAGOVER  
de Catalunya

LANG, Futz

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción | PASAJE DE LA PAZ, 10 bis  
Administración | Teléfono 4423 A

Año VII BARCELONA N.º 325

---

Madame Butterfly

(HARA-KIRI, 1919)

Leyenda de una japonesita infortunada

Creación cinematográfica de

**LIL DAGOVER**

*sc*

EXCLUSIVA DE

LEMIC, S. A.

Mallorca, 236

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografia de  
JANET GAYNOR



## Madame Butterfly

### Argumento de la película

En Kioto, sede de la soberanía espiritual en el Imperio del Sol Naciente.

Tokuyawa, ilustre japonés muy dilecto del Mikado, tornaba a su hogar tras larga residencia en Europa.

O-Take-San, hija de Tokuyawa, sentía hacia su padre ese cariño mezclado de veneración que aun se inculca a la mujer en Oriente, como atávico vestigio de esclavitudes no muy remotas.

—¡Qué feliz me hace, padre mío, tu vuelta a la patria! ¡Si supieras cómo me ha hecho sufrir el Dairi durante tu ausencia!...—exclamó O-Take-San, recobrando la perdida tranquilidad.

Padre e hija, amorosamente cogidos del brazo, penetraron en la casa y prosternáronse ante una efígie de Buda, para agradecerle la feliz repatriación de Tokuyawa.

Luego, el amante padre dijo a O-Take-San después de haber ordenado que le trajesen su equipaje:

—Mucho duró mi ausencia, hija mía; pero no dejé de pensar en ti un solo día... Verás lo que tu padre te trae de Occidente.

Y vació una maleta de juguetes que maravillaron a la linda japoncsita.

No lejos de allí, el Dairi, suprema autoridad religiosa entre los nipones, sin limitación en su poder espiritual y que en otro tiempo absorbía también la potestad legislativa, que hoy pertenece al Mikado, hablaba con Karán, el guardián del templo, hombre hipócrita como buen astuto y adulador como buen hipócrita.

—¿Ha llegado ya Tokuyawa?

—Sí, Eminencia.

—Voy a visitarle.

—Vete tranquilo... Tu siervo vela noche y día para que ningún extranjero profane el santuario con su planta impura...

El Dairi llegó a poco a la morada del padre de O-Take-San, por la cual sentía indómita debilidad...

—Buda bendiga tu vuelta y te colme de dichas, ilustre Tokuyawa — saludó, (1)

viendo en pecadoras miradas a O-Take-San.

La japonesita recogió sus juguetes occidentales y desapareció hacia otra pieza de la casa, dejando solos a los dos hombres.

El Dairi dijo entonces a Tokuyawa, con severidad:

—Cada viaje tuyo a Occidente nos trae al Japón nuevos exotismos en objetos... y hasta dicen que en ideas.

—En objetos, sí, por curiosidad nada más. En cuanto a ideas, nadie puede acusarme de la más mínima variación de las que siempre tuve...

—Debes acallar, pues, la maledicencia... Y como buen japonés y como buen padre, debes inducir a O-Take-San a ser sacerdotisa de Buda... Para eso la he instruído durante tu ausencia en el Kio, nuestro Libro Sagrado.

—Mis derechos de padre no me dan dominio sobre su conciencia. Que sea sacerdotisa si es su voluntad; yo no he de imponérselo—respondió Tokuyawa.

—Antes eras creyente... Las enseñanzas del extranjero te han cambiado; tu permanencia en Europa te hizo perder la fe en Buda.

—Aflíjeme que esa sea tu opinión.

El Dairi marchóse enojado y en su mente se forjaba una funesta maquinación.

En tanto, O-Take-San rezaba en la soledad de su retiro:

—Yo sola sé por qué me persigue el Dairi y qué intenciones encubren sus propósitos; pero Buda amparará a O-Take-San cuando vea la fe con que le implora.

Y dominada por la sombría preocupación, creyó, en la infantilidad de su espíritu, haber hallado el medio de hacerse propicia al dios justo y clemente. Fue al templo y, depositando al pie del idolo su más preciado juguete, murmuró:

—Protege a tu sierva que no se cree digna de ser tu sacerdotisa; pero que te ofrece la más amada de sus muñecas.

El Dairi, que la estuvo espiando, apoderóse de la muñeca, arrójola al suelo con ira, y exclamó, enfurecido por los desdenes de la codiciada doncella:

—¡Maldición sobre ti, hija del renegado!

Pronto sabría el Mikado la infame apostasía de Tokuyawa, quien, según escribió el Dairi, «con sus doctrinas de Occidente infiltraba veneno de rebeldías en el pueblo leal».

En efecto, el miserable sacerdote acababa de enviar a Tokio, al palacio del Mikado, un pliego en el que acusaba a Tokuyawa porque así convenía a sus planes...

\* \* \*

Tres semanas más tarde celebrábase, con la solemnidad que la acompañaba siempre, la fiesta autumnal de las hojas.

A cada momento afluía más gente a la suntuosa morada de Tokuyawa, en la que reinaba el encanto de una cortesanía y una afabilidad seductora.

Pero la alegría de Tokuyawa viendo feliz a su hija, iba a desaparecer pronto bajo cruel golpe del destino...

Porque el Dairi había recibido el siguiente pergamino del Mikado:

*¡Buda te bendiga!*

*El Emperador, cuyo nombre sea alabado en todo el reino, te agradece tus noticias sobre el apóstata Tokuyawa, que con doctrinas extranjeras intenta sublevar al pueblo contra la sagrada persona del Mikado. El culpable recibirá el castigo que merece...*

Dicho pergamino le había sido entregado al Dairi por una embajada del Emperador.

—Esperad... Voy con vosotros a la morada de Tokuyawa—dijo el sacerdote a los emisarios imperiales.

En aquellos momentos Octavio Anderson, un oficial de la marina danesa que tenía accidentalmente una flota en aguas del

Japón, paseábase con unos camaradas por Kioto, admirando sus maravillosos edificios y sus espléndidos jardines.

Mirando el bello jardín de la casa de O-Take-San desde el puente que lo dominaba, Octavio descubrió la más linda flor femenina que vieran sus ojos desde que llegó al país del crisantemo.

Esa flor lindísima, aromada de candor y de belleza, era la hija de Tokuyawa entre las flores de su jardín encantador.

Indiscutiblemente, había bellísimas mujeres en el Japón.

Cuando la fiesta estaba en su apogeo, un criado anunció a Tokuyawa la llegada de la embajada del Mikado, que le esperaba en el salón de la casa.

Tokuyawa abandonó el jardín, y al ir a entrar en la mansión se cruzó con el Dairi, sin saludarse ni uno ni otro.

El Dairi se internó en el parque y Tokuyawa prosiguió su camino hacia la vivienda.

El encuentro con el Dairi le había dejado suspenso, como si le hiciera presentir algo siniestro.

Y, en efecto, cuando llegó ante la embajada anunciada, uno de los emisarios, ofreciéndole una espada, le dijo:

—El Mikado, a quien Buda bendiga, te envía este presente, cuyo significado ya co-

noces. Dentro de veinticuatro horas, habrás puesto fin a tu vida.

Tokuyawa aceptó el fatídico presente y alejóse tristemente, doblado por el peso de la Fatalidad, contra la que no podía rebelarse, hacia el templo levantado en su hogar al insaciable ídolo...

O-Take-San vió al Dairi en el jardín y no pudo dominar un gesto de sorpresa. ¿Qué iba a hacer allí?

Entró en la casa para reunirse con su padre, y halló a éste en dolorosa meditación.

Al ver la espada que Tokuyawa sostenía en sus manos, le preguntó:

—¿Quién te envía eso, padre mío?

—Es un regalo del Emperador. Una expresión de... su afecto hacia mí. Vuelve al jardín, hija mía. La ausencia de los dos sería una desatención que ofendería a nuestros invitados.

—O-Take-San, ignorando la tragedia que se cernía sobre su cabeza, dejó solo a su buen padre, y éste, ofreciéndose al sacrificio ante la muda efigie, pronunció con voz velada por la amargura:

—Me condenan al Harakiri... Te ofrezco mi vida que tú sabes ¡oh, Buda! limpia de pecado. Que Daicocu, el dios de la felicidad, ampare a mi hija, que se queda sola en el mundo.

—O-Take-San reapareció en el jardín, pero

se detuvo al ver al Dairi en conciliábulo con los emisarios del Mikado, y retrocedió hacia la casa, entrando de nuevo en ella, a riesgo de incurrir con su desobediencia en el enojo paterno.

Mas, por desgracia, Tokuyawa no podía ya mostrarle seyeridad. En el suelo yacía, bañado en sangre.

O-Take-San, ahogando un grito de horror ante aquel inesperado espectáculo, quedó como estatua de piedra a pocos pasos del cadáver de su padre, secas, por la rudeza del dolor, las fuentes del llanto.

Cuando la infeliz hija pudo reaccionar, dictó órdenes a sus criados, y uno de éstos, desde el atrio de la casa, golpeó en un llamador metálico, cuyas vibraciones, dominando los rumores de la general alegría, pusieron término a todas las expansiones.

Los invitados, se acercaron al criado, y éste anunció con voz potente, pero temblorosa:

—O-Take-San tiene que daros una noticia de extraordinaria gravedad.

Se hizo el mayor silencio, y la huérfana, anegados en lágrimas sus bellos ojos, dijo, no sin hacer un gran esfuerzo para hablar:

—Tokuyawa ha dejado de existir.

La mayor sorpresa se reflejó en el rostro de los oyentes. ¡Muerto! ¿Por qué causa? ¿Un suicidio?

O-Take-San continuó, revelando la terrible verdad:

—Como última prueba de su afecto, el Mikado le exigió el sacrificio de su vida.

En breves segundos los invitados abandonaron los espléndidos jardines y O-Take-San quedó sola, junto al cadáver de su padre, para derramar en llanto su inmensa pena.

Ajeno al drama, el cónsul danés en el Japón mostraba a Anderson, del que era gran amigo, y a los compañeros del brillante marino, la casa de Tokuyawa, diciéndoles:

—Este es el palacio de Tokuyawa, uno de los favoritos del Mikado. No hay en Kioto casa más hospitalaria ni persona que goce de mayor estimación.

El Dairi, consumada su obra, fué al encuentro de O-Take-San, a saborear el efecto de su labor de odio, ya que la indefensión de O-Take-San nada podía contra sus decisiones.

Ella retrocedió, asustada, al verle; pero él, asiéndola de una mano con viveza, le dijo:

—En tu padre ha castigado Buda tu insolente resistencia a mis mandatos, inspirados por la divinidad... ¡Has de ser su sacerdotisa! ¡Ven conmigo!

Y O-Take-San, amedrentada, dejóse llevar al templo, para que el Dairi la sacrificara...

\* \* \*

El dueño de una casa de te hablaba con Karán, el guardián del templo.

—Necesito una nueva geisha para mi establecimiento. Tú, Karán, que en todas partes entras y te enteras de todo, tal vez podrías proporcionármela.

—No conozco, por ahora, a ninguna... pero me ocuparé de encontrarla.

—Te gratificaré espléndidamente.

—Así lo espero, grandísimo bribón.

Octavio Anderson y dos compañeros suyos inspeccionaban todos los lugares curiosos de Kioto. De pronto se detuvieron y dijo uno de ellos:

—Al otro lado de este tapial se extiende el Soto Sagrado, donde está prohibido entrar a los extranjeros, bajo penas severísimas.

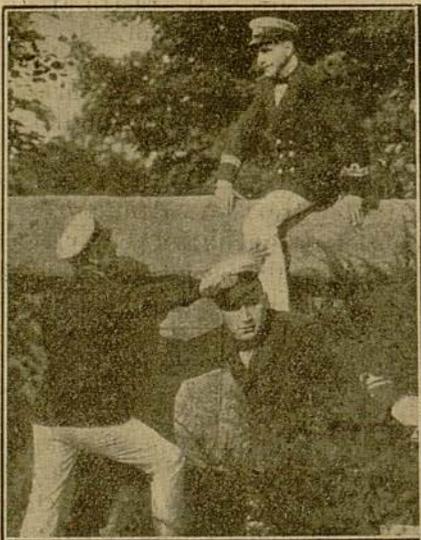
Octavio sonrió y, haciendo alarde de decisión, contestó:

—Pues yo no me quedo sin visitar ese jardín de las vírgenes—y saltó la tapia, desoyendo los consejos de sus camaradas.

En las gradas del templo, el Dairi, junto al cual se hallaba Karán, siempre vigilante, despedíase en tales instantes de O-Take-San, vestida de novicia.

—Dentro de pocos días vestirás el hábito

de sacerdotisa de Buda. El te perdonará, O-Take-San, tus pasadas rebeldías.



*Y saltó la tapia, desoyendo los consejos de sus camaradas.*

La infeliz calló. No tenía fuerzas para protestar contra aquella injusticia.

Pero cada día le inspiraba más aversión el Dairi, y buscaba los más apartados ex-

tremos del Soto Sagrado para estar sola con sus pensamientos.

Y así, por pura casualidad, Octavio pudo sorprender a la virgen de rostro triste que meditaba al pie de un árbol.

Ella rehuyó, espantada, su contacto; mas él, cariñoso y galante, la tranquilizó:

—No te asustes, bella niña, que no vine a hacerte ningún daño; antes, al contrario, para decirte que tu hermosura es sin par.

—¿Cómo te atreviste, extranjero, a llegar hasta aquí? ¿Es que ignoras que nuestras leyes son implacables contra los que pisan este recinto?

Karán, que en aquel momento daba la vuelta al Soto Sagrado, por la parte exterior, vió a los dos compañeros de Octavio en espera; y a pesar de que éstos, al verle, simulaban haberse detenido al pie del tapial por casualidad, para encender un cigarrillo, el astuto guardián se dijo: «Os conozco, europeos, no me engaños tan fácilmente.»

Y entró en el templo y...

O-Take-San, agradablemente sorprendida —después del susto recibido— de la cortesía de Octavio, que le regalaba los oídos con bellísimas palabras, no deseaba que se marchara, pero temiendo que le sorprendieran, le dijo, suplicante:

—Si aprecias tu vida, aléjate antes de que la guardia del Dairi pueda sorprenderte.

- Nada me importa estando a tu lado...  
—Mañana a la misma hora podrás seguir



—No te asustes, bella niña...

hablándome... Hoy es demasiada mi inquietud.

Octavio se resignó a obedecer, y Karán le vió saltar la tapia sin descubrirse.

Sus sospechas no le habían engañado, y el muy astuto se dijo, encantado:

—Esta sería una geisha ideal para la casa de te de Kin-be-Araki... Aunque es avaro, por O-Take-San pagaría a peso de oro.

Ya tenía, pues, la geisha que tenía el encargo de buscar.

Ideó un plan, y empezó a ponerlo en práctica llevándole el soplo al Dairi.

—Eminencia... Tu siervo cree haber visto que O-Take-San hablaba con un europeo en el Soto Sagrado.

—¡Maldición!... Vigílala... y si ese extranjero llega a caer en nuestras manos, tendrás tu recompensa.

—No se me escapará, Eminencia.

.....

Aquella noche, en el Círculo Europeo, Octavio hablaba con sus amigos de lo que habían visto en la ciudad, y al preguntársele qué le había parecido el recinto de las vírgenes, que él osara visitar, respondió:

—¿El Soto Sagrado? ¡Bah! Un jardín como hay muchos, que no ofrece el menor interés.

Pero, a pesar del desdén con que a sus camaradas hablara del jardín, Octavio Anderson, atraído por la aventura, no faltó al día siguiente a ver a la japonesa.

Reanudóse su tierno idilio, y al propo-

nerle la fuga con él, la doncella replicó con melancolía:

—De buen grado te seguiría, pero me es imposible. El Dairi me destina a sacerdotisa de Buda.

—Tú no puedes sacrificar te sin vocación. Si nos amamos, ¿por qué vacilar?

Karán, que lo había oído todo, movió las hojas de un árbol para llamar la atención de los enamorados, indicándoles que los estaban espiando. El astuto guardián temía que Octavio se llevara a O-Take-San, «robándosela» a él y estorbándole así el negocio en puerta, y se decidió a hacer acto de presencia para que el marino huyese antes de caer en manos de la guardia del templo.

Octavio no vaciló en huir, prometiéndose, sin embargo, volver, y cuando aquél hubo saltado la tapia, Karán, desarrollando fielmente su plan, gritó a todo pulmón, como si le estuvieran atacando:

—¡A mí! ¡A Karán!

Acudieron unos soldados y el propio Dairi, a quien dijo Karán:

—Tu siervo ya no es joven, Eminencia... y se ha visto atacado por varios hombres que huyeron en esa dirección al sentir mis gritos. Y señalaba el tapial.

El Dairi, tratando con dureza a O-Take-

San, la encerró en una choza, encargando de su vigilancia a Karán.

Por la noche, mientras Anderson pensaba en O-Take-San, que le iba interesando más de lo que él quería... Karán penetraba en el encierro de O-Take-San y le decía:

—Me he compadecido de tu desdicha y te liberto a condición de que no me descubras. Sígueme.

Ella le siguió sin temor, y así Karán pudo llevarla a la casa de te de su amigo, entregándosela como la geisha que necesitaba y que le pidiera.

Los inseparables camaradas de Anderson dijeron a éste:

—Algo te ocurre a ti, Octavio. No eres nuestro alegre camarada de siempre... Vamos, hombre, ven a tomar una taza de te con nosotros.

El marino enamorado aceptó acompañarles, y en la casa de te la casualidad le deparó el encuentro de O-Take-San, que les fué presentada, a pesar de la resistencia de ella, como la geisha más hermosa que la más bella de Nagasaki.

O-Take-San al verle se arrojó en sus brazos, buscando en ellos protección, y ni que decir tenía que la halló, además de la de los camaradas de Octavio, quienes se liaron a puñetazos con Karán, que veía volar su negocio.

El dueño de la casa de te, viendo el cariz que tomaba el asunto, pensó en sacar de lo perdido lo que se pudiera, y dijo a Octavio:

—Puedes quedarte con la geisha, señor, si estás dispuesto a ser su esposo 999 días, según las leyes de Yoshiwara.

—Seré su esposo... ¡Todo, antes de que nadie la arranque de mis brazos!—exclamó Octavio.

—Pero...—dijeron sus compañeros, atónitos.

—¡Me casaré con ella!—confirmó Octavio. Y se llevó a su amada.

\* \* \*

A la otra mañana, Karán, preparada su evasiva, no se inquietaba por el inminente estallido de la cólera del Dairi, que oraba muy cerca.

Al poco, al comprobar que la choza estaba abierta, el Dairi le llamó con imperio.

—¡Karán! ¡Aquí!... ¿Dónde está O-Take-San?

—¡Oh, Eminencial... No sé... No vi nada... Acaso aquellos europeos.

—¡Si la fugada no está en mi presencia lo más pronto posible, sufrirás la muerte que se da a los traidores!

Unas horas más tarde, los compañeros de Octavio comentaban la conducta de éste.

—El matrimonio de Octavio Anderson con la japonesita me parece una locura. ¿Qué va a hacer de ella cuando regresemos a Europa?

—La olvidará. Es fatal...

Entanto, Octavio y O-Take-San vivían horas inmensamente felices.

Pasado un tiempo prudencial, Karán fué a decirle al Dairi, después de haber dormido, pero como si regresara de la ciudad:

—Eminencia... Rudamente ha trabajado tu siervo para descubrir el paradero de O-Take-San. Ha casado con un marino extranjero y vive con él en la casa de Kin-be-Araki.

El Dairi no necesitó saber más. Irritado dirigióse a la casa indicada por Karán y en ella halló, en efecto, a O-Take-San, convenciéndose de su matrimonio con Octavio, pues también encontró a éste allí.

—¡Ah!... rugió, no pudiendo contener sus celos—. No te ha detenido ni el recuerdo del castigo de tu padre. ¡Maldita seas, apóstata!

Octavio, enérgico, detuvo el brazo del Dairi, levantando airado sobre O-Take-San, y le señaló la puerta.

—O-Take-San es mi esposa, Dairi, y guár-



*Octavio, enérgico, detuvo el brazo del Dairi...*

date de volver a pisar el umbral de esta casa.

Pasaron unas semanas, durante las cuales O-Take-San había visto renacer, en las dulzuras del amor de Octavio, su anhelada dicha.

Los compañeros de Anderson compadecían a la japonesita, y un día se lo dijeron a aquél.

—No es envidiable la suerte de tu mu-



*...había visto renacer, en las dulzuras del amor de Octavio, su anhelada dicha.*

jercita, querido amigo. Todos creemos que la olvidarás cuando salgas del Japón.

—Sería un crimen, porque parece que la linda O-Take-San te ama de veras.

Y Octavio callaba, no atreviéndose a discutir sobre tan delicado asunto...

Y no se engañaban los compañeros de Anderson. Tan de veras lo amaba O-Take-San, que se esmeraba aún más que de soltera en su tocado, para ser más bella a sus ojos y apartarlo de los encantos de otra mujer.

Y era el suyo un amor hecho de ternuras, de sumisiones, de alegría para alegrarlo, de anulación absoluta de la voluntad, que era un eco de la de él.

.....

Al terminar el tercer mes de la convivencia, llegó el momento de la separación, impuesto por la partida del marino.

La japonesita creyó morir de dolor.

—No te entristezcas, O-Take-San, y ten confianza en mi amor. Apenas resuelva mis asuntos en Europa, volveré a tu lado para siempre—prometíale él.

—Sí, Octavio mío; vuelve pronto, porque no es sólo mi vida la que te reclama... Pronto habrá... *otra vida*... que no debe ser víctima de tu abandono—dijo ella, suplicante y llena de amor.

Y Octavio partió.

\* \* \*

Cuatro años transcurridos habían bastado a Octavio Anderson para olvidar sus compromisos con la dulce O-Take-San y contraer matrimonio con Eva Larsen en la capital danesa.

La japonesita, madre de un hermoso niño que se parecía notablemente a Octavio, su padre, no había olvidado al amado esposo.

El Dairi esperaba que se cumpliera el plazo de cuatro años de abandono por parte de Octavio de O-Take-San, porque entonces la vida de la infeliz volvería a caer bajo las leyes de Yoshiwara.

Un día, hablando con Karán, el Dairi dijo junto al templo:

—Ante todo, hemos de convencernos de que no tiene dinero para rescatarse.

Estas palabras fueron sorprendidas por el príncipe Matahari, que iba al Soto Sagrado a hacer su plegaria matutina ante la deidad

suprema, y el noble japonés, descubriendo las bajas intenciones del sacerdote, resolvió proteger a O-Take-San, cuyo paradero logró saber por sus criados.

Kin-be-Araki, dueño de la conocida Casa de te y de la mansión que habitaba O-Take-San, visitó a ésta, aleccionado por Karán, y le dijo:

—Tu esposo sólo me pagó la renta de tres años y tú llevas cuatro en mi casa. Si no tienes dinero, habrás de marcharte...

—Yo nada poseo; pero mi marido vendrá muy pronto de Copenhague y te dará cuanto pidas.

—No puedo esperar. ¡Sal de mi casa!

El príncipe Matahari apareció ante O-Take-San en aquel momento, y obligó a marcharse a Kin-be-Araki. Luego dijo a la atropellada mujer:

—Toma este dinero, O-Take-San... No quiero que vuelva a humillarte la codicia de ese avaro.

—Perdón, príncipe; yo no puedo tomar dinero de nadie... Yo tengo mi esposo.

El príncipe quedó prendado de la hermosura de la abandonada madre, y al entregar el dinero rechazado a la doncella de servicio que salió a acompañarle, para que ésta, pagando las deudas de su señora alejase de ella a sus enemigos, dijo:

—Procuraré por todos los medios con-

vertir en alegrías los sufrimientos de O-Take-San. ¡Es tan hermosa!...

Pasó algún tiempo más. El príncipe Matahari no podía olvidar a O-Take-San y la



—Perdón, príncipe: yo no puedo tomar dinero de nadie...

mandó a buscar en un palanquín para hablarle... de su amor..

—¿Quieres ser mi esposa? Yo puedo ofrecerte las riquezas que no tienes, puedo darte la felicidad que has perdido.

Ella, extrañada, miró con reproche al príncipe y contestó:

—Las riquezas no las ansío, y la felicidad la tengo en el amor de mi esposo, Octavio Anderson... ¡Antes morir que serle infiel!

—Engañosa felicidad la tuya... Octavio Anderson te abandonó, y ese matrimonio, según nuestras leyes...

—¡Basta! ¡Qué razón tienes tú para ofender a mi esposo con tus sospechas? Octavio volverá a su mujer y a su hijo, a quienes no ha podido olvidar.

—No quise ofenderte, O-Take-San, y te suplico perdón... Mi deseo es verte feliz...

.....

Y sucedieron días de espera, más angustiosa que nunca, porque las palabras del príncipe habían hecho vacilar la fe en el corazón O-Take-San.

Al fin, un día, la ejemplar esposa divisó un barco y reconoció el de Octavio.

—Ven, Hanake—dijo, loca de contento, a su doncella—. Vamos a adornar la casa con flores para recibir dignamente a mi esposo.

En pocos instantes la casa pareció un jardín.

Octavio llegaría de un momento a otro, sí, su corazón lo presentía.

Y en su exaltación, O-Take-San adornaba esmeradamente al niño para que su padre, hallándolo muy bello, no volviera a irse nunca.

Y el ansia febril de su espíritu le aconsejó abrir en el papel de adorno orificios por donde ella y su hijo verían llegar al portador de su ventura.

La doncella participó también de aquella esperanza... y del dolor que la siguió.

...Fue una noche muy larga y muy triste.

Tras la ansiosa espera inútil, O-Take-San vió lucir la aurora en el cielo; mas no en su alma, envuelta en sombras de infortunio.

El niño dormía, apoyada su cabeza en las piernas de la doncella.

O-Take-San lo tomó en sus brazos y lo condujo a su camita, murmurando, dolorida:

—¡Pobre hijo mío abandonado! Ahora eres feliz porque no sientes el dolor; pero luego...

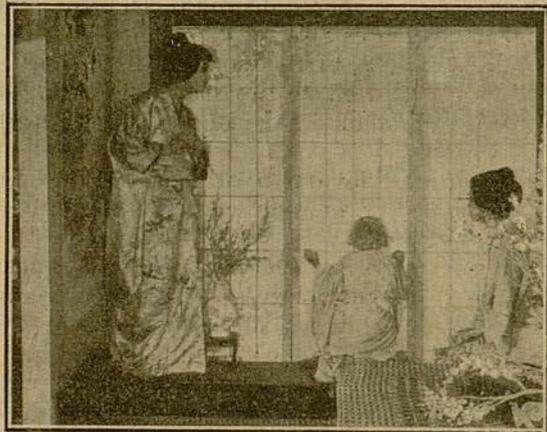
Octavio había llegado al Japón. El barco que O-Take-San había visto, era el suyo; y con él llegó su esposa.

La doncella de la abandonada madre, compadecida de su señora, decidióse a ir al consulado a preguntar por Octavio.

Camino del consulado topóse con el Dairi,

quien, brillando en sus ojos el afán de venganza, le dijo, apartándola bruscamente:

—Las leyes de Yoshiwara vuelven a regir para O-Take-San. La someteré a mis



*...orificios por donde ella y su hijo verían llegar al portador de su ventura.*

órdenes, y su hijo quedará bajo la custodia del Estado.

La doncella vaciló entre retroceder para llevar socorro a su señora o ir al consulado a todo correr para que el cónsul interviniese más eficazmente en el asunto. Optó por lo

último, y encontró al cónsul en compañía de Octavio y la esposa de éste.

—¡Socorro, señor Cónsul!... ¡A O-Take-San quieren robarle su hijo!

Octavio no pudo reprimir un gesto de contrariedad, pero disimuló cuanto pudo delante de su esposa.

La doncella, al reconocerle, se dirigió en sus súplicas a él, no importándole otra cosa que la felicidad de su señora con su hijito adorado.

—Quieren llevarse a tu hijo, Octavio Anderson... ¿Por qué no corres a amparar a O-Take-San?

Octavio no se decidía, pero su esposa, sintiendo como mujer, accedió a acompañar a la doncella, y las siguieron Octavio y el Cónsul, admirados de la nobleza de Eva.

Pero O-Take-San tenía ya un protector, llegado a tiempo: el príncipe, quien dijo al Dairi:

—Una vez libre, O-Take-San sólo volverá al Soto Sagrado si ella lo desea... ¡No se impone a la fuerza el sacerdocio de Buda! ¡Y aléjate de aquí, Dairi! Vete de esta casa, a donde no te trae el celo por el culto de Buda... ¡Quieres consagrar a él a O-Take-San, para satisfacer pasiones que son vergonzosas en tu ministerio!

Desenmascarado, el Dairi huyó, y jamás volvería a molestar a O-Take-San.

El príncipe confiaba que al fin su pasión amorosa sería correspondida; mas otra vez vióse vencida, porque ella no amaba ni amaría a nadie más que a su esposo, el padre de su hijo, Octavio Anderson.

Marchóse el príncipe, y poco después regresaba la doncella.

—¡El viene, señora!... ¡Viene Octavio Anderson!—exclamó.

O-Take-San retocóse prestamente el peinado y el atavío que vistiera para recibirle, y le esperó con el corazón desbordando de placer.

Pero su desilusión fué mortal al ver aparecer ante ella solamente a Eva, la esposa europea; y gimió, rota su alma:

—Ya comprendo por qué no vino él... ¡Eres tú quien le ha hecho olvidarme!

—O-Take-San, escúchame...

—O-Take-San ya no quiere nada... pero dile que venga. ¡Que venga por su hijo!

Eva salió de la pieza donde se hallaba la infeliz japonesita, para reunirse con Octavio y obligarle a tener una explicación con la olvidada.

O-Take-San dijo, entonces a solas, a su doncella:

—Cuando lo sintamos llegar, Hanake, retén aquí al niño y yo iré a ocultarme. No quiero que ese hombre me vuelva a ver.

Así lo hicieron la señora y la doncella, y

aislada en el templo levantado a Buda en el hogar, O-Take-San despidióse del mundo:

—Te ofrezco mi vida ¡oh, Buda! ya que te negué mi servicio... La herencia más dolorosa de mi padre me dará la dicha que me ha negado el amor.

Y se hundió la espada que mató también a su padre.

En aquel momento Octavio preguntaba:

—¿Dónde está O-Take-San?

Y la halló muerta.

—¿Qué ha ocurrido?—inquirió el Cónsul mientras Eva estrechaba contra su corazón al niño, y la doncella sollozaba convulsivamente.

Y Octavio, llevándose las manos a los ojos, contestó:

—O-Take-San ya no es más que un recuerdo... Suicidio parece, pero es crimen... ¡La ha matado el arma de mi traición!

FIN

---

Exclusiva de venta para España:  
Sociedad General Española de Librería, Diarios,  
Revistas y Publicaciones, S. A.  
BARCELONA: Barbrá, 16 - MADRID: Ferraz, 21 - IRÚN: Ferrocarril, 20

Próximo número: Extraordinario - Sábado día 28

La gran novela, de dramático asunto

## Por qué mentían sus hijos

Por Sybil Morel y Otto Gebuhr

Precio excepcional: 50 cts.

Mañana, en *Los Grandes Films*,  
se publicará la sentimental novela

## HIJOS DEL DIVORCIO

por CLARA BOW  
y ESTHER RALSTON

Pida a su librero la formidable novela

Editada en  
las selectas **BEN-HUR**  
Por Ramón Novarro  
EDICIONES ESPECIALES de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

32 fotografías - Precio: 1'50 ptas. - Portada a colores